

Valoración crítica de Crónicas y Cronistas de Indias Occidentales con un enfoque histórico-arqueológico contemporáneo

Sergio O. VALDEZ BERNAL¹ 

Un antiguo y sabio proverbio chino recomienda lo siguiente: Lee todo lo que puedas, pero no creas en todo lo que escriben. Pensamos que con ese razonamiento el investigador Ulises M. González Herrera llevó a cabo un exhaustivo y riguroso examen de las fuentes narrativas primarias acerca de la conquista y colonización del Nuevo Mundo en su libro *Crónicas y cronistas de Indias Occidentales en la arqueología aborígen de Cuba*, publicado en el 2020 por La Fundación Fernando Ortiz, en la reconocida colección “La Fuente Viva”.

Por primera vez en nuestra historiografía se ha llevado a cabo un exhaustivo estudio que, apoyado en las investigaciones arqueológicas contemporáneas y con un enfoque multidisciplinario, analizó críticamente el registro por escrito de quienes narraron o describieron el encontronazo que hubo entre peninsulares e indoamericanos en nuestro archipiélago. Es menester recordar que la brutal política colonizadora española aplicada en las Antillas, a lo que se sumó el rápido repoblamiento con componentes étnicos de diversas latitudes, aceleraron el proceso de desaparición de las comunidades primigenias como elemento

ajeno al proceso de mestizaje biológico y cultural impuesto. Por ello, para la reconstrucción de esas sociedades desaparecidas, es imprescindible contar con la información recogida por los cronistas y demás documentos escritos a finales del siglo XV y principios del XVI.

Pero no podemos pasar por alto el hecho de que en esta valiosa documentación se recoge la visión que ofrecieron individuos que con sus concepciones éticas, estéticas, religiosas y sociopolíticas evaluaron la realidad americana, lo que indudablemente repercutió en el enjuiciamiento y descripción del “otro”. Como muy bien señaló el autor de este libro, se recogieron por escrito y de forma precipitada valoraciones sin base comparativa, además de que los cronistas y exploradores describían lo que veían e interpretaban a su manera, pues no primaba en ellos el interés por conocer mejor a los que eran avasallados, explotados, y cuyas tierras y riquezas naturales eran saqueadas. A esto se sumó el hecho de que estas importantes observaciones recogidas por escrito ocurrieron en diferentes momentos del proceso de conquista y colonización, lo que representa un notable desfasaje cronológico de la información,

¹Departamento de Etnología, Instituto Cubano de Antropología, Agencia de Ciencias Sociales y Humanísticas, CITMA, sbernal@cubarte.cult.cu

a lo que hay que sumar la desafortunada y lógica adaptación a la fonética de la lengua española de vocablos tomados de los aborígenes (nombres de lugar, de la biota y la cultura americanas).

Todo esto se complica cuando la información recogida por un mismo autor se escribió durante muchos años. Por ejemplo, el más citado de los cronistas, Bartolomé de las Casas, trabajó en su *Historia de las Indias* durante 35 años (1527-1562) y la concluyó ya muy anciano. Además, su mayor informante, como el propio Las Casas reconoció,¹ fue un lucayo, Diego Colón, ni siquiera un nativo de Cuba o La Española, por lo que presumimos que lo escrito por el fraile en muchos casos era una interpretación de la información que este le transmitía. Para colmo, hay que ser muy cuidadoso a la hora de escoger los materiales en los que se va a basar cualquier investigación, pues, por ejemplo, el cronista mayor Antonio de Herrera, a principios del siglo XVII, usó profusamente la obra de Las Casas para escribir su *Historia general de los hechos de los castellanos*, reinterpretaba lo escrito por Las Casas.

Por lo tanto, las observaciones recogidas por los cronistas sobre las comunidades americanas no pueden ser tomadas en cuenta al pie de la letra. Pero en gran medida estas pueden ser verificadas, ampliadas o refutadas mediante estudios científicos apoyados en la ciencia arqueológica con un enfoque multidisciplinario. Y eso es lo que ha hecho el autor de este libro, y en eso radica su gran valía. Esto permite tener mayor precisión sobre la información suministrada por el registro documental, que en ocasiones ha sido ambigua y hasta contradictoria.

Para su estudio comparado, González Herrera seleccionó 16 importantes textos referidos al proceso de exploración y colonización de las Antillas Mayores. No obstante, en cuanto a Cuba, alertó que la información etnográfica que se pudo extraer de los documentos del período mencionado

resulta escasa, pues la base de la colonización española del Caribe radicó en La Española, el espacio americano insular más descrito por los cronistas.

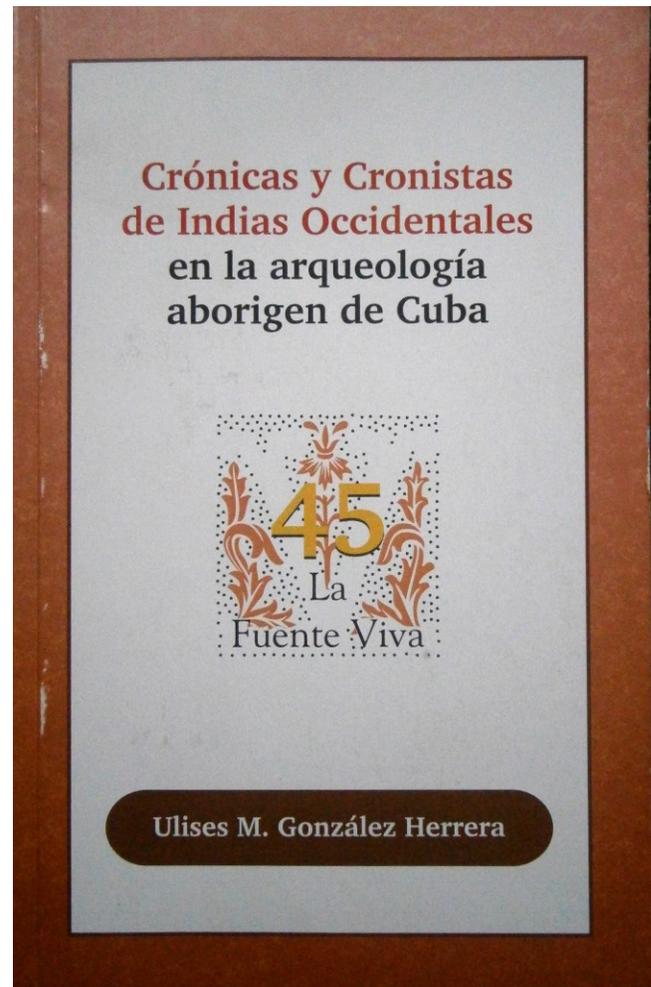


FIG. 1. Tapa del libro

Para lograr la secuencia lógica necesaria a lo largo de los cinco capítulos de este libro, el autor comenzó refiriéndose a los estudios predecesores y de significativa importancia sobre este tema.²

¹ “Y porque los indios que llevaba el Almirante consigo era, a lo que yo creo, un Diego Colón, de los que en el viaje había tomado en la isla de Guanahani, y lo había llevado a Castilla y vuelto, el cual después vivió en esta isla [La Española] muchos años conversando con nosotros” Bartolomé de las Casas: Casas, Bartolomé de las: *Historia de las Indias*, Imprenta de M. Ginesta, Madrid, 1875-1876, lib. I, cap. XCIV.

² Como por ejemplo, *La zoología de Colón y de los primeros exploradores de América* (Establecimiento Tipográfico O'Reilly, La Habana, 1888), de Juan Ignacio de Armas; *Nuestro pasado ciboney* (Imprenta de la Marina, La Habana, 1925), de José Antonio Cosculluela; *El documento y la reconstrucción histórica* (Revista Avance, La Habana, 1929), de José María Chacón y Calvo; *Discurso narrativo de la conquista de América: Mitificación y emergencia* (Casa de Las Américas, La Habana, 1983), de Beatriz Pastor Boomer; “Creating the Guanahatabey (Ciboney): The modern genesis of a extinct culture” (*Antiquity*, vol. 63, no. 239, Oxford, 1989), de William F. Keegan; *Derrotero de*

Asimismo, realizó un acertado análisis crítico de la formación y pensamiento de cada autor de estas obras, diferenciándolos en “cronistas menores” y “cronistas mayores”. Los primeros son autores que, sin ser considerados cronistas oficiales de la corona hispana, legaron una valiosa información sobre las sociedades antillanas;³ mientras que los segundos fueron reconocidos como cronistas oficiales de las cortes de los Reyes Católicos.⁴ A esto el autor aportó una esclarecedora y sucinta valoración del contenido de estos valiosos documentos.⁵

Para abordar algunas de las contradicciones en las crónicas generales de Indias, el autor se apoyó básicamente en la lengua y en el aspecto físico, las variables a las que más apelaron los cronistas y demás relatores para diferenciar grupos culturales del pasado aborígen. A modo de ejemplo, el autor explicó que a partir de las supuestas diferencias lingüísticas descritas en los documentos coloniales fueron establecidas áreas de presencia “caribe” y “taína”, así como la diferenciación entre guanahatabeyes y hablantes de lenguas arua-

cas, lo que ha trascendido en gran parte hasta el presente.⁶

Otro buen ejemplo en lo referente a las contradicciones entre lo descrito y el registro arqueológico es el capítulo dedicado al empleo del burén. Para el análisis de fragmentos de burén pertenecientes a comunidades nativas descritas por los hispanos, se recurrió a la arqueometría o conjunto de procedimientos físico-químicos que permiten acceder a información no visible en el registro macroscópico de evidencias arqueológicas. Gracias a ello, se ha podido definir con mayor exactitud la versatilidad del uso del burén en la preparación de diversos alimentos vegetales y animales, cuyas evidencias se conservaron en la superficie de este objeto tan importante del ajuar de las comunidades ceramistas. Quedó demostrado que los burenes no estaban dedicados únicamente a la preparación de casabe, como documentaron los cronistas.

Un detallado y sumamente útil análisis tenemos en el capítulo cuarto, que versa sobre las fuentes secundarias y las crónicas de las Indias Occidentales con un esbozo historiográfico en la literatura nacional. El siglo XIX se caracterizó por los intentos de reconstrucción del pasado aborígen, primando el dato histórico sobre la escasa información que comenzaba a aportar la naciente arqueológica. No obstante, se sentó una tradición que serviría de soporte a la posterior investigación arqueológica de inicios del siglo XX y a la mayor motivación por la descripción del pasado precolonial. De entonces proceden los términos genéricos *ciboneyes/siboneyes* y *taínos*, denominaciones que se sustentaban en interpretaciones de las fuentes narrativas. Sin embargo, a la larga el empleo del dato histórico fue cediendo lugar al enfoque netamente arqueológico en las investigaciones de reconstrucción etnohistórica y a la necesidad de emplear una más exhaustiva clasificación de las comunidades aborígenes de las Antillas Mayores. Por otra parte, algunos estudiosos del tema, a partir de disímiles evidencias, fueron comprendiendo que no hubo una súbita y total

Cristóbal Colón por la costa de Holguín. 1492 (Ediciones Holguín, Holguín, 2006), de Miguel A. Esquivel y Cosme Casal, y “Las crónicas en la arqueología de Puerto Rico y el Caribe” (*Caribbean Studies*, vol. 34, no. 1, San Juan, 2006), de Antonio Curet, entre otros autores cubanos y extranjeros.

³ Cristóbal Colón, Fray Ramón Pané, Miguel de Cúneo, Diego Álvarez Chanca, Guillermo Coma, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Bernal Díaz del Castillo, entre otros.

⁴ Principalmente Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera. A este grupo el autor incorpora a Fray Bartolomé de las Casas, que, si bien no fue un cronista oficial, su labor y experiencia como encomendero, misionero y defensor de los derechos indígenas ante la corte, lo sitúan en un lugar cimero dentro del conjunto.

⁵ No debemos pasar por alto que el autor, además de las crónicas, también tomó en consideración las colecciones documentales que recogen testimonios de Cristóbal Colón, Diego Velázquez, Miguel de Cúneo y Diego Álvarez Chanca, como, por ejemplo, los cuatro tomos de la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar* (Madrid, 1885) y los dos tomos *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles* (Madrid, 1825-1837), de Fernández de Navarrete.

⁶ Por ejemplo, idea que se preserva en Irving Rouse: *The Tainos. Rise and decline of the people who greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven & London, New York, 1992.

extinción del aborígen, y que sus huellas en nuestra cultura no eran tan endeble, ⁷ como muchos historiadores de la época erróneamente sustentaban.

Tras el proceso revolucionario iniciado en 1959, surgieron nuevas perspectivas con la fundación de la Academia de Ciencias de Cuba en 1962, lo que redundaría en la profesionalización institucional de la arqueología dentro el país y con ello la creación de cursos especializados en arqueología y etnología, a lo que se sumó la implementación sistemática de exploraciones y excavaciones en sitios arqueológicos. Así se logró una fase superior de conocimiento sobre el patrimonio histórico-cultural de nuestros aborígenes, e incluso en el plano teórico se introdujo un análisis novedoso para la clasificación de las comunidades nativas. ⁸ No obstante, el autor del libro que reseñamos concluyó este capítulo destacando con razón que todavía queda un gran reto investigativo por delante, puesto que el manejo de las fuentes narrativas primarias ha contribuido en gran medida al arraigo de concepciones eurocentristas entronizadas por siglos de colonización ideológica con la intención de ocultar o minimizar al máximo el aporte del componente indígena a la conformación de la cultura e identidad del etnos cubano.

Si el capítulo cuarto cumple con su cometido, el que sigue, dedicado al empleo de las fuentes primarias en los intentos de reconstrucción etnohistórica en las sociedades aborígenes de Cuba, es trascendental para comprender ese estrecho nexo que debiera existir entre los estudios históricos y arqueológicos sobre nuestro pasado aborígen, aunque a veces no coincidan plenamente en sus deducciones. Para su análisis, el autor seleccionó dos destacadas e imprescindibles obras para el mejor conocimiento de aquellas desaparecidas sociedades antillanas: *Cuba antes de Colón*, en su segunda edición de 1935, la más completa, de

Mark Raymond Harrington, y *Prehistoria de Cuba*, también en su segunda edición de 1985, de Estrella Rey y Ernesto Tabío. La primera tomó como referente el registro arqueológico, las crónicas de Indias y la etnografía comparada, por lo que es considerada como un esfuerzo válido en su momento por organizar nuestro pasado aborígen. La segunda, aunque deudora de los predecesores trabajos de Harrington e Irving Rouse, expuso un nuevo esquema de periodización que sentó las bases para futuros análisis sobre reconstrucción etnohistórica. Además, introdujo por vez primera para Cuba un procedimiento de análisis novedoso, sustentado en una posición teórica de base marxista. En este último caso, el autor acotó que este nuevo intento de ordenar nuestro pasado histórico se llevó a cabo tomando en consideración básicamente la valiosa información aportada por las ciencias asociadas a la arqueología, por lo que las fuentes escritas estuvieron en función de apoyar exclusivamente el resultado de los trabajos arqueológicos. *Prehistoria de Cuba*, en su momento, constituyó el más completo estudio de reconstrucción histórico-social llevado a cabo en nuestro país. No obstante, sus autores utilizaron obras muy específicas, fundamentalmente textos de Las Casas, Anglería y Colón, por lo que pasaron por alto a otros valiosos comentaristas imprescindibles para la reconstrucción etnohistórica de las sociedades objeto de estudio. De haber realizado un exhaustivo análisis crítico de las fuentes primarias, las conclusiones diferirían en gran medida en diversos aspectos de la reconstrucción histórico-social llevada a cabo, como son: lengua, aspecto físico y nivel de desarrollo alcanzado por las sociedades aborígenes en cuestión, acotó González Herrera.

En fin, los estudios de Harrington y de Rey y Tabío representaron valiosos intentos de ordenamiento del pasado precolombino mediante nociones que han trascendido hasta el presente, por lo que hoy forman parte de esquemas de periodización de las comunidades aborígenes del área. No obstante, González Herrera alertó que las obras escogidas han sido superadas gracias al mayor desarrollo tecnológico actual para realizar búsquedas de diversa índole, como son las paleobotánicas, paleoclimáticas, de ADN, traseológicas, etc., las que posibilitan contar con nuevas aristas

⁷ Cf. Felipe Pichardo Moya: *Los indios de Cuba en sus tiempos históricos*. La Habana. Imp. El Siglo XX, 1945 y Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, 1963.

⁸ Cf. Ernesto Tabío: "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", *Islas*, n.º 78, Santa Clara, 1984, pp. 37-51.

de investigación que permiten arribar a una más adecuada interpretación del objeto de estudio, así como modificar o complementar las nociones que sobre estas sociedades se sostenían hasta hace tan solo unas décadas.

El minucioso y extremadamente exhaustivo trabajo investigativo que dio como resultado una tesis de doctorado exitosamente defendida y convertida en este importante libro, cuenta con el necesario epílogo conclusivo y la correspondiente, amplia y diversa bibliografía. Su autor confirmó la importancia de las crónicas de Indias y la documentación de finales del siglo XV e inicios del XVI como base para los estudios de reconstrucción histórica de las sociedades aborígenes antillanas. Pero igualmente alertó sobre las carencias

que deben ser tomadas en consideración a la hora de basarse en esa visión acerca de nuestras sociedades precoloniales. Por eso, hacemos nuestras las palabras con las que concluyó el epílogo en forma de llamado: *El acercamiento de los arqueólogos en este sentido sería medular, si tenemos en consideración que algunos datos etnohistóricos son susceptibles de ser contrastados con el registro arqueológico.*

Felicitamos a González Herrera por este convincente estudio, que nos confirma cuán cautelosos debemos ser la hora de describir esa parte tan soslayada de nuestra historia a partir de la documentación escrita por los vencedores, sin corroborar su veracidad mediante los estudios arqueológicos más recientes.